

CAPÍTULO III.

“LA SOCIEDAD CATOLICA.”

NUESTRA patria había pasado por momentos de angustiosa crisis. Los acontecimientos más tristes iban sucediéndose casi sin interrupción; una guerra encarnizada tras otra no menos desastrosa, iban ensangrentando cada vez más nuestro precioso suelo. Era la lucha para establecer el orden y por consecuencia la paz.

El campo de las armas en que centenares de veces había alcanzado laureles el partido conservador, fuéles en último término horrorosamente funesto con la ingloriosa toma de Querétaro por las fuerzas liberales.

El ruido producido con la muerte del infortunado Maximiliano y de sus más bravos y leales generales, consternó á la sociedad entera; pero en cierto modo aseguró al partido liberal un triunfo definitivo, en que vieron la oportunidad de establecer sus reformas que atacan los derechos de la Iglesia.

No nos toca juzgar á los hombres de esos partidos y de esos tiempos, porque nuestro humilde trabajo no tiene ningún objeto político. Respetemos las buenas intenciones que hayan tenido unos y otros de ver prosperar á la nación, la-

mentemos las tristes consecuencias que los hechos han traído y sigamos buscando la idea filosófico-católica.

Algunas personas, poseídas de verdadero amor á la religión católica; animadas de ferviente celo porque ésta se conservase; deseosas de oponerse lo posible á los males que empezaba á producir un sistema de falsas libertades y de tiránicas opresiones; sorprendidas al prever el desbordamiento de la desmoralización que tendría que ser lógica consecuencia del ateísmo oficial, de la laicización absoluta de las escuelas sostenidas por el gobierno, de la libertad de imprenta, etc., etc., comenzaron á unirse en México para formar lo que se ha llamado la *Sociedad Católica*. A ejemplo de la sociedad de señores muy respetables, se formó una sociedad de señoras, y pronto varias ciudades y pueblos de la República imitaron á la capital en la formación de sus asociaciones.

La Sociedad Católica nació á fines del año de 1868, pero de una manera tan humilde que casi no lo advirtieron los mismos que la iban formando. Poco tiempo transcurrió y ya pudieron formar un pequeño periódico llamado el *Semanario Católico*, y ya en 29 de Junio de 1869 se celebró la primera junta solemne en el salón de actos de la Escuela de Medicina.

En esa solemnidad se pronunciaron bellísimas composiciones literarias, y un elocuente discurso del Sr. D. José de Jesús Cuevas, que ofrece sumo interés por ser una reseña del origen de la Sociedad, del estado que en esa ocasión guardaba y de las halagüeñas esperanzas que se abrigaban para el porvenir.

En la misma fecha en que se celebró dicha junta solemne, vió la luz pública el primer número de *La Sociedad Católica*, uno de los periódicos más bien escritos y amenos que hemos tenido en México; periódico digno sucesor de *La Cruz*.

El autor de la *Introducción*, después de disertar extensamente sobre la imperiosa necesidad que de verdad y felicidad tiene el hombre en general y nuestro siglo especialmente, y más aún nuestra sociedad, dice así:

“Es necesario aprestarse á la batalla: de nuestra parte están la verdad y la justicia, y combatiremos en buen combate, según la bella y santa expresión de San Pablo. Por piedad, al menos, arrojemos las verdades cristianas como haces de luz sobre las frentes mustias de tantos extraviados, como dardos de fuego clavémoslas en sus corazones marchitos.

“Tan débilmente como sus fuerzas lo permitan, este será el único y grande objeto de la *Sociedad Católica*. Libre de todo interés mundano y de toda mira terrestre, ha brotado en las sombras de la humildad, y se presenta sin pretensión ni antecedentes á decir algo verdadero y bueno, por amor á Dios y á los hombres. Este es su programa sincero y su verdadera intención. Para mejor realizarla, llamará en su auxilio todos los medios que estén á su alcance. Se dirigirá, ya á la sociedad, ya al individuo. En confirmación de las verdades religiosas y morales que asiente, apelará al austero y reflexivo testimonio de las ciencias, y evocará también, para mover los corazones, á las bellas letras, á la poesía, que ha recibido el don de pensar alto, sentir con fuerza y expresarse con belleza y energía. Los hechos mismos, consecuencia de las ideas, fragmentos de experiencia desprendidos de esa vasta mole de granito que se llama historia, los arrojará en el platillo de la balanza del criterio humano, para dar más peso con ellos á sus aseveraciones, que desde ahora borra con su propia lengua, si no fueren conformes con la doctrina de la Iglesia.

“Desea, en una palabra, la *Sociedad Católica*, hasta donde lo permita la debilidad de sus esfuerzos, reunir las liras de nuestros poetas, las plumas de nuestros hombres pen-

sadores, las páginas de nuestra historia, el testimonio de nuestros sabios, el sentido común del vulgo, el delicado sentimiento de los corazones tiernos, agrupar en torno de todas estas grandezas de la patria, á nuestros compatriotas débiles y poderosos, pobres y ricos, á la nación toda, en fin, y sobre este vasto pedestal enclavar triunfante la cruz de Jesucristo, para que á la luz de su esplendorosa irradiación pueda leerse esta verdad, bajada de los cielos:

"Justitia elevat gentem: miseros autem facit populos peccatum." Prov. XIV, 34.

Inútil nos parece decir que jóvenes de muy buena sociedad, de entendimiento ilustrado por sólido saber, y por la luz de la verdad católica, de corazón animado por la virtud y el anhelo de ver feliz á nuestra patria, tomaron parte muy activa en el sostenimiento formal de esta publicación: vense ahí nombres que han sido acreedores al común respeto, vense las apreciables firmas del Sr. Lic. D. José de Jesús Cuevas; del Lic. D. Rafael Gómez, que fué de los fundadores de *La Voz de México*, y últimamente fué su digno director; el Lic. D. Rafael Sierra y Rosso; el Lic. D. Tirso Rafael Córdoba, que después fué sacerdote; el Lic. D. Miguel Martínez; el Lic. D. José Sebastián Segura, después sacerdote; Fray Pablo Antonio del Niño Jesús; el Dr. Manuel Berganzo, después ordenado de sacerdote; Lic. D. José Ignacio de Anievas; Lic. D. Octaviano Muñoz Ledo; Lic. D. Ignacio Aguilar y Marocho; Lic. D. Bonifacio Sánchez Vergara; D. Manuel Gargollo y Parra; Lic. D. Luis Gutiérrez Otero, etc., etc.

Hay en esa estimable publicación, muy razonados y muy elocuentes artículos de exposición y de controversia teológico-filosófica: puede asegurarse que todos los redactores y colaboradores se esforzaron por dejar en puesto honroso la santa causa que defendían, y lo hicieron con eficacia.

Los artículos de índole más marcadamente filosófica, son

los del Sr. Lic. D. Rafael Gómez, entre los que se distinguen unas bellísimas reflexiones sobre el *tiempo*. El Lic. D. Miguel Martínez escribió bastante sobre filosofía política, lo cual era muy oportuno en circunstancias en que se abusaba de la fuerza en contra de la Iglesia, y en que aprovechando favorables circunstancias una minoría, oprimía casi á la nación entera. El Dr. Berganzo escribió un artículo acerca del panteísmo; y sobre el ateísmo y panteísmo se publicaron algunos escritos de D. Manuel Gargollo y Parra.

Además de estos periódicos, fundó la Sociedad Católica otro pequeño, que se intitulaba *El Angel de la Guarda*, y un poco más tarde, *La Voz de México, Diario religioso, político, científico y literario de la Sociedad Católica*. El prospecto de *La Voz de México* se publicó el día 3 de Abril de 1870, y el día 17 del mismo mes salió al público el primer número del periódico que en este año cumple 26 de existencia.

Fundaron los socios algunos colegios de instrucción primaria para niños y niñas, enseñaban la doctrina cristiana en algunos templos: fundaron también un casino y una Escuela Preparatoria Católica.

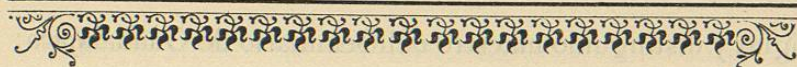
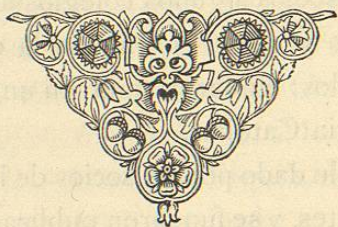
El buen ejemplo dado por los socios de la capital, fué imitado en otras partes, y se fundaron publicaciones con el mismo fin que *La Sociedad Católica* y *La Voz de México*.

¡Cuántos bienes se hubieran ya conseguido, si la Sociedad hubiera perseverado en su primitivo fervor! ¡pero ya el 8 de Diciembre de 1871 se quejaba de la *decadencia* el Sr. Lic. D. José de Jesús Cuevas.

No sabemos por qué somos tan poco afortunados en las empresas que requieren constancia. Conocemos el fin, conocemos los medios que eficazmente nos conducirían á conseguirlo; más aun, nos levantamos con ánimo varonil, empezamos con un fervor que nos hace concebir las más dulces esperanzas, pero pronto nos cansamos, la tibieza se apodera

de nosotros, y no muy tarde vienen el olvido y aun la frialdad de la muerte; somos más constantes en variar que en perseverar, y desgraciadamente no hemos sabido corregir este defecto que redundaba en perjuicio de nuestra religión y de nuestra patria.

Antes de poner fin á este capítulo, tenemos que recordar el nombre del Sr. Gral. D. Remigio Tovar, que alejado completamente del campo de la política, y oculto bajo el humilde velo de *Un católico de Tacubaya*, ha publicado muchos y muy interesantes opúsculos apologéticos.



CAPÍTULO IV.

LOS SRES. DRES. D. AGUSTIN DE LA ROSA
y D. AGUSTIN RIVERA.

I

RASGOS BIOGRÁFICOS.

Los nombres de los Sres. de la Rosa y Rivera, son bastante conocidos y respetados. Nadie niega á estos señores acendrado amor á nuestra patria, aplicación constante é infatigable al estudio, claro talento y vastísima erudición. El Sr. Rivera se distingue por sus muchos conocimientos en la Historia de México, admira la memoria tan feliz que brilla en sus monografías, por la riqueza de detalles: su estilo es especialísimo por la gracia que derrama en sus escritos, que se leen con gusto, aunque sean distintas las opiniones: en la polémica es terriblemente cáustico y sería temible caer en sus manos, porque quedaríamos como queda España, como quedan los médicos, los bonetes y las capillas del tiempo colonial, en “La Filosofía en la Nueva España,” y el Sr. Dr. de la Rosa en los “Treinta sofismas.”

Sentimos no tener noticias biográficas del Sr. Rivera.

En cuanto al Sr. de la Rosa, todos sabemos que es an-